

ca, seguros de que cuando hayamos puesto al descubierto la causa del mal de la sociedad, el origen de sus fiebres, el motivo de sus agitaciones, no nos ha de faltar fuerza para aplicar el remedio.

§ I. Del papel que desempeñan las máquinas en sus relaciones con la libertad.

La introducción de las máquinas en la industria se realiza en oposición á la ley de división del trabajo, y como para restablecer el equilibrio profundamente comprometido por esta ley. Para apreciar bien el alcance de ese movimiento y comprender su espíritu, se hacen necesarias algunas consideraciones generales.

Los filósofos modernos, después de haber recogido y clasificado sus anales, han sido llevados por la naturaleza de sus trabajos á ocuparse también de historia: y han visto entonces, no sin sorpresa, que la *historia de la filosofía* era en el fondo lo mismo que la *filosofía de la historia*; han visto además que esos dos ramos de la especulación, en la apariencia tan diversos, no eran más que la aparición en la escena de las concepciones de la metafísica, que constituye toda la filosofía.

Ahora bien, si se divide la materia de la historia universal en cierto número de cuadros, tales como matemáticas, historia natural, economía social, etc., se verá que cada una de estas divisiones contiene también la metafísica. Y sucederá lo mismo hasta con la última subdivisión de la totalidad de la historia: de suerte que la filosofía entera existe en el fondo de toda manifestación natural ó de la industria, sin hacer acepción alguna de magnitudes ni de calidades; cabe emplear igualmente bien todos los paradigmas para elevarse á las más sublimes concepciones; y encontrándose los postulados todos de la razón en la más

modesta industria tan bien como en las ciencias más generales, para hacer de todo artesano un filósofo, es decir, un espíritu generalizador y altamente sintético, bastaría enseñarle, ¿qué? su profesión.

Hasta ahora, es verdad, la filosofía, como la riqueza, ha sido reservada para ciertas castas: tenemos la filosofía de la historia, la filosofía del derecho, y aún algunas otras filosofías. Es esta una especie de apropiación que debe desaparecer, como otras muchas de tan noble origen. Mas, para consumir esa inmensa ecuación, es preciso empezar por la filosofía del trabajo, después de lo cual podrá cada trabajador emprender á su vez la filosofía de su oficio.

Así, no siendo todo producto del arte y de la industria, y toda constitución política ó religiosa, del mismo modo que toda criatura orgánica ó inorgánica, sino una realización, una aplicación natural ó práctica de la filosofía, queda demostrada la identidad de las leyes de la naturaleza y de la razón, del ser y de la idea; y cuando, por nuestra parte, establecemos la conformidad constante de los fenómenos económicos con las leyes puras del pensamiento, la equivalencia de lo real y de lo ideal en los hechos humanos, no hacemos más que repetir, para un caso particular, esa demostración eterna.

¿Qué decimos nosotros, en efecto?

Para determinar el valor, en otros términos, para organizar en sí misma la producción y la distribución de las riquezas, la sociedad procede exactamente como la razón al engendrar los conceptos. Empieza por sentar un primer hecho, emite una primera hipótesis, la división del trabajo, verdadera antinomia cuyos resultados antitéticos se desarrollan en la economía social, del mismo modo que hubieran podido deducirse sus consecuencias en el entendimiento; de suerte que el movimiento industrial, siguiendo en

todo la deducción de las ideas, se divide en una doble corriente, una de efectos útiles, otra de resultados subversivos, todos igualmente necesarios, y todos producto legítimo de la misma ley. Para constituir armónicamente ese principio de doble aspecto y resolver esta antinomia, la sociedad hace surgir otra, que será pronto seguida de otra tercera; y tal será la marcha del genio social, hasta que habiendo agotado todas sus contradicciones,—supongo, pero no está probado, que la contradicción en la humanidad haya de tener un término,—vuelve de un salto sobre todas sus posiciones anteriores, y en una sola fórmula resuelve todos sus problemas.

Siguiendo en nuestra exposición ese método del desarrollo paralelo de la realidad y de la idea, encontramos una doble ventaja: ante todo la de salvarnos del cargo de materialismo, dirigido tantas veces á los economistas, para quienes los hechos son verdad sólo por ser hechos, y hechos materiales. Para nosotros, al contrario, los hechos no son materia, porque no sabemos lo que esa palabra significa, sino manifestaciones visibles de ideas invisibles. Bajo este punto de vista los hechos no prueban sino según la medida de la idea que representan: esta es la razón por que hemos rechazado como ilegítimos y no definitivos el valor útil y el valor en cambio, y más tarde la división del trabajo, por más que para los economistas fuesen todos de una autoridad absoluta.

Por otra parte, no se nos puede acusar de espiritualismo, idealismo ni misticismo; porque, no admitiendo por punto de partida sino la manifestación exterior de la idea, idea que ignoramos y no existe, interin no se refleje en algo, como la luz, que no sería nada si el sol existiese sólo en un vacío infinito; y descartando todo *à priori* teogónico y cosmogónico, toda investigación sobre la sustancia, la causa, el yo

y el no yo, nos limitamos á buscar las *leyes* del ser y á seguir el sistema de sus manifestaciones hasta donde pueda alcanzar la razón.

A no dudar, en el fondo, todo conocimiento se detiene ante un misterio: lo son, por ejemplo, la materia y el espíritu que admitimos como dos esencias desconocidas, *substratum* de todos los fenómenos. Pero esto no es decir que el misterio sea el punto de partida del conocimiento, ni el misticismo la condición necesaria de la lógica; la espontaneidad de nuestra razón, ántes al contrario, tiende á rechazar perpétuamente el misticismo y á protestar *à priori* contra todo misterio, porque el misterio para ella sólo sirve para ser negado, y la negación del misticismo es lo único para lo cual no necesita la razón de la experiencia.

En suma, los hechos humanos son la encarnación de las ideas humanas; así que, estudiar las leyes de la economía social, es establecer la teoría de las leyes de la razón y crear la filosofía. Podemos ahora seguir el curso de nuestras investigaciones.

Hemos dejado, al final del capítulo anterior, al jornalero en lucha con la ley de la división del trabajo: ¿cómo se las va á componer ese infatigable Edipo para resolver este enigma?

En la sociedad, la incesante aparición de las máquinas es la antítesis, la fórmula inversa de la división del trabajo; es la protesta del genio de la industria contra el trabajo parcelario y homicida. ¿Qué es, en efecto, una máquina? Una manera de reunir diversas partículas del trabajo que la división había separado. Toda máquina puede ser definida de este modo: un resumen de muchas operaciones, una simplificación de resortes, una condensación del trabajo, una reducción de gastos. Bajo todos estos puntos de vista, la máquina es la contraposición de la división del

trabajo. Luego, por medio de la máquina, no podrá ménos de haber restauracion del trabajador parcelario, disminucion de fatiga para el obrero, baja de precio en los productos, movimiento en la relacion de los valores, progreso hácia nuevos descubrimientos, y aumento del bienestar general.

Así como una nueva fórmula da una nueva fuerza al geómetra, así la invencion de una máquina es una reduccion de mano de obra que multiplica la fuerza del productor; y se puede ya creer que la antinomia de la division del trabajo, si no está enteramente vencida, estará por lo ménos contrabalanceada y neutralizada. Conviene leer en el curso del Sr. Chevalier las innumerables ventajas que resultan para la sociedad de la intervencion de las máquinas; es un cuadro lleno de interés, al cual me complazco en remitir al lector.

Las máquinas, presentándose en la economía política en abierta contradiccion con la division del trabajo, representan la síntesis oponiéndose en el espíritu humano al análisis; y así como, segun veremos pronto, tenemos la economía política entera en la division del trabajo y en las máquinas, así en la análisis y la síntesis tenemos toda la lógica, toda la filosofía. El hombre que trabaja procede necesaria y sucesivamente por medio de la division de funciones y con ayuda de instrumentos; y el que raciocina hace necesaria y sucesivamente síntesis y análisis, ni más ni ménos. No irán nunca más allá ni la razon ni el trabajo. Prometeo, como Neptuno, llega en tres pasos á los límites del mundo.

De estos principios tan sencillos, tan luminosos como axiomas, se deducen consecuencias inmensas.

Siendo esencialmente inseparables en las operaciones intelectuales la análisis y la síntesis, y no adquiriendo por otra parte la teoría el sello de la legi-

timidad sino á condicion de seguir paso á paso la experiencia, síguese de ahí que el trabajo, reuniendo en una accion continúa la análisis y la síntesis, la teoría y la práctica, y reasumiendo por consiguiente, como forma exterior de la lógica, la realidad y la idea, se presenta de nuevo como medio universal de enseñanza. *Fit fabricando faber*: el más absurdo de todos los sistemas de educacion es el que separa la inteligencia de la actividad y divide al hombre en dos entidades imposibles, un abstractor y un autómeta. Por esto nos asociamos á las justas quejas del señor Chevalier, del Sr. Dunoyer, y de cuantos piden las reformas de la enseñanza universitaria: en esto también se funda la esperanza de los resultados que de reforma tal nos hemos prometido. Si la educacion fuese ante todo experimental y práctica, dejando el discurrir sólo para explicar, resumir y coordinar el trabajo; si se permitiese aprender por los ojos y las manos á quien nada puede aprender por la imaginacion y la memoria, se veria pronto multiplicarse las capacidades con las formas del trabajo; conociendo todo el mundo la teoría de algo, sabria por la misma razon la lengua filosófica, y podria en una ocasion dada, siquiera no fuese más que una sola vez en la vida, crear, modificar, perfeccionar, dar pruebas de inteligencia y de comprension, producir su obra maestra, en una palabra, mostrarse hombre. La desigualdad de las adquisiciones de la memoria no cambiaria en nada la equivalencia de las facultades, y el genio no nos pareceria ya sino lo que es en efecto, la salud del espíritu.

Los ingenios del siglo XVIII han disputado largamente sobre lo que constituye el *genio*, en qué se distingue del *talento*, qué debe entenderse por *espíritu*; etc. Habian trasportado al mundo intelectual las mismas distinciones que en la sociedad separan á

las personas. Había para ellos genios reyes y dominadores, genios príncipes, genios ministros; luego espíritus nobles y espíritus plebeyos, talentos cívicos y talentos campesinos. Yacía en lo más bajo de la escala la grosera muchedumbre de los industriuosos, clases apenas bosquejadas, excluidas de la gloria de los elegidos. Están aún llenas todas las retóricas de esas impertinencias que el interés monárquico, la vanidad de los letrados y la hipocresía socialista se esfuerzan en acreditar, para la perpétua esclavitud de las naciones y el sosten del actual orden de cosas.

Mas, si está demostrado que todas las operaciones del espíritu se reducen á dos, análisis y síntesis, y son necesariamente inseparables, aunque distintas; si, por una consecuencia forzosa, á pesar de la infinita variedad de los trabajos y de los estudios, el espíritu no hace nunca más que volver á empezar la misma tela, el hombre de genio no es otra cosa que un hombre de buena constitucion, que ha trabajado mucho, meditado mucho, analizado mucho, comparado, clasificado, resumido, concluido; al paso que el sér limitado, que vive sumergido en una rutina endémica, en vez de desarrollar sus facultades, ha matado su inteligencia con la inercia y el automatismo. Es absurdo distinguir como de diferente naturaleza lo que no difiere realmente sino por la edad, y luego convertir en exclusion y privilegio los diversos grados de un desarrollo ó los azares de una espontaneidad que, por el trabajo y la educacion, deben cada dia ir desapareciendo.

Los retóricos psicólogos, que han clasificado las almas humanas en dinastías, razas nobles, familias medias y proletariado, habian observado con todo que el genio no era universal, ántes tenia su especialidad; así que han declarado iguales y soberanos de reinos distintos á Homero, Platon, Fidias, Arquímedes y

César, que les parecían ser todos primeros en su género. ¡Qué inconsecuencia! ¡Como si la especialidad del genio no revelase la ley misma de la igualdad de inteligencias! ¡Como si, por otra parte, lo constante del éxito en los productos del genio no fuese la prueba de que éste obra por principios que le son extraños, y son la garantía de la perfeccion de sus obras, mientras los sigue fiel y exactamente! Esa apoteosis del genio, que han soñado despiertos hombres cuya charla fué siempre estéril, haría creer en la tontería innata de la mayoría de los mortales, si no fuese la más brillante prueba de su perfectibilidad.

Así el trabajo, despues de haber diferenciado las capacidades y preparado su equilibrio por medio de la division de las industrias, completa, si puedo decirlo así, el armamento de la inteligencia por medio de las máquinas. Tanto por los testimonios de la historia, como por el análisis, y á pesar de las anomalías que produce el antagonismo de los principios económicos, se ve que la inteligencia difiere en los hombres, no por su fuerza, claridad, ni extension; sino, en primer lugar, por la especialidad, ó como dice la escuela, por la determinacion cualitativa; y luego, por la educacion y el ejercicio. En el individuo como en el hombre colectivo, la inteligencia, por lo tanto, es más bien una facultad que viene, se forma, se desarrolla, *quæ fit*, que no una entidad ó entelequia que está toda formada, con anterioridad al aprendizaje. La razon, ó llámesela como se quiera, genio, talento, ó industria, es en su punto de partida una virtualidad desnuda é inerte, que crece poco á poco, se fortifica, toma color, se determina, y presenta variaciones infinitas. Por la importancia de sus adquisiciones, en una palabra, por su capital, la inteligencia difiere y diferirá siempre de un individuo á otro; mas como potencia, como que es igual en todos á su origen, no

puede ménos de serlo tambien al fin, gracias á la influencia del progreso social que va perfeccionando incesantemente sus medios. Sin esto el trabajo seria siempre para los unos un privilegio, y para los otros un castigo.

Mas el equilibrio de las capacidades, cuyo prelude hemos visto en la division del trabajo, no constituye el destino todo de las máquinas: van más allá las miras de la Providencia. Con la introduccion de las máquinas en la economía, se ha dado vuelo á la LIBERTAD.

La máquina es el símbolo de la libertad humana, la insignia de nuestro dominio sobre la naturaleza, el atributo de nuestro poder, la expresion de nuestro derecho, el emblema de nuestra personalidad. Libertad é inteligencia son el hombre todo, porque si descartamos como mística é ininteligible toda especulacion sobre el sér humano, considerado bajo el punto de vista de la sustancia (espíritu ó materia), no nos quedan más que dos categorías de manifestaciones que comprenden, la primera, todo lo que se llama sensaciones, voliciones, pasiones, atracciones, instintos, sentimientos; la segunda, todos los fenómenos clasificados bajo los nombres de atencion, percepción, memoria, imaginacion, comparacion, juicio, raciocinio, etc. En cuanto al aparato orgánico, léjos de ser el principio ó la base de esos dos órdenes de facultades, se le debe considerar como su realizacion sintética y positiva, como su viva y armónica expresion. Porque, así como de la emision secular que haya hecho el género humano de sus principios antagonistas ha de resultar un dia la organizacion social, así el hombre debe ser concebido como el resultado de dos series de virtualidades.

Así, despues de haberse hecho lógica la economía social, prosiguiendo su obra se hace psicológica. Son

el objeto comun de la economía política y la filosofía, la educacion de la inteligencia y de la libertad, en una palabra, el bienestar del hombre, frases todas perfectamente sinónimas. Determinar las leyes de la produccion y de la distribucion de las riquezas, será demostrar, por medio de una exposicion objetiva y concreta, las leyes de la razon y de la libertad; será crear *à posteriori* la filosofía y el derecho: á donde quiera que nos volvamos, estamos en plena metafísica.

Probemos ahora, con los datos reunidos de la psicología y la economía política, de definir la libertad.

Si cabe concebir la razon humana, en su origen, como un átomo lúcido y reflector, capaz de representar un dia al universo, pero en su primer instante vacío de imágenes; se puede tambien considerar la libertad, en los primeros instantes de la conciencia, como un punto vivo, *punctum saliens*, como una espontaneidad vaga, ciega, ó más bien indiferente, capaz de recibir todas las impresiones, disposiciones é inclinaciones posibles. La libertad es la facultad de obrar ó de no obrar, que, por medio de una eleccion ó determinacion cualquiera (empleo aquí la palabra determinacion á la vez en un sentido activo y pasivo), sale de su indiferencia y pasa á ser *voluntad*.

Digo, pues, que la libertad, del mismo modo que la inteligencia, es por naturaleza una facultad indeterminada, informe, que recibe su valor y su carácter de las impresiones exteriores; facultad por consecuencia negativa en su principio, pero que poco á poco se determina y se perfila por el ejercicio, esto es, por la educacion.

La etimología de la palabra libertad, tal á lo ménos como yo la entiendo, hará comprender mejor mi pensamiento. La radical es *lib-et*, agrada (en aleman *lieben*, amar); de donde se ha hecho la palabra *lib-eri*, hijos, los que nos son queridos, nombre re-

servado para los hijos de padre de familia; *lib-ertas*, condicion, carácter ó inclinacion de los hijos de raza noble; *lib-ido*, pasion de esclavo, que no reconoce ni Dios, ni ley, ni patria, palabra sinónima de *licentia*, mala conducta. Cuando la espontaneidad se determina útil, generosamente, ó en bien, toma el nombre de *libertas*; cuando, por el contrario, se determina de una manera nociva, viciosa y baja, ó en mal, toma el de *libido*.

Un sabio economista, el Sr. Dunoyer, ha dado de la libertad una definicion que, cotejada con la nuestra, acabará de demostrar su exactitud:

«Llamo libertad, dice, á ese poder que el hombre adquiere de usar más fácilmente de sus fuerzas, á medida que se emancipa de los obstáculos que dificultaban en su origen su ejercicio. Digo, que el hombre es tanto más *libre*, cuanto más *libertado* está de las causas que le impedian servirse de ese poder; cuanto más ha alejado de sí esas causas; cuanto más ha ensanchado y allanado su esfera de accion..... Así, se dice que un hombre tiene el espíritu libre, que goza de una gran libertad de espíritu, no sólo cuando su inteligencia no está turbada por violencia alguna exterior, sino tambien cuando no está ni oscurecida por la embriaguez, ni alterada por las enfermedades, ni en la impotencia por falta de ejercicio.»

El Sr. Dunoyer no ha visto la libertad sino bajo su punto de vista negativo; no la ha visto sino como si fuese sinónima de *destruccion de los obstáculos*. Según esto, la libertad no seria una facultad en el hombre, no seria nada. Mas no tarda el Sr. Dunoyer, sin dejar de insistir en su definicion incompleta, en mirar la cuestion bajo su verdadero aspecto. Entonces es cuando dice que el hombre, al inventar una máquina, sirve á su propia libertad, no como decimos nos-

otros, porque la determina, sino en el estilo del señor Dunoyer, porque le quita una de sus dificultades. «Así como el lenguaje articulado es un instrumento mejor que el lenguaje por señas, así hay más libertad para expresar el pensamiento é imprimirlo en el entendimiento de los demás por la palabra que por el gesto. Como la palabra escrita es á su vez un instrumento más poderoso que la palabra articulada, hay tambien más libertad para influir en el ánimo de sus semejantes cuando se sabe dar cuerpo á la palabra que cuando sólo se la sabe articular. La prensa es un instrumento dos ó trescientas veces más poderoso que la pluma: hay, por lo tanto, con ella dos ó trescientas veces más libertad para entrar en relaciones con los demás hombres cuando cabe esparcir sus ideas por la imprenta, que cuando sólo cabia publicarlas por la escritura»

No me detendré en poner de relieve todo lo que tiene de inexacto y de ilógico esta manera de representar la libertad. Después de Destutt de Tracy, último representante de la escuela de Condillac, se ha oscurecido el espíritu filosófico entre los economistas de la escuela francesa, cuyo lenguaje está pervertido por su miedo á la ideología; y al leerles se advierte que la adoracion de los hechos les ha hecho perder el sentimiento de la teoría. Prefiero consignar que el Sr. Dunoyer, y con él la economía política, han sabido ver claramente la esencia de la libertad conciliándola como una fuerza, como una energía ó una espontaneidad de suyo indiferente á toda accion, y por consiguiente susceptible por igual de determinaciones buenas y malas, útiles y nocivas: El señor Dunoyer ha vislumbrado tan perfectamente la verdad, que ha escrito: «En vez de considerar la libertad como un dogma, la presentaré como un *resultado*; en vez de hacer de ella el atributo del hom-

bre, haré de ella el *atributo de la civilización*; en vez de imaginar formas de Gobierno para establecerla, expondré de la mejor manera que pueda cómo *nace de todos nuestros progresos*.»

Y añade luego con no ménos razon:

«Se observará fácilmente cuánto difiere este método del de esos filósofos dogmáticos, que no hablan sino de derechos y de deberes; de lo que los Gobiernos tienen la obligacion de hacer y los pueblos el derecho de exigir, etc. No digo sentenciosamente: los hombres tienen el derecho de ser libres; me limito á preguntar: ¿cómo llegan á serlo?»

Por esta exposicion, se puede resumir en cuatro líneas la obra que ha querido hacer el Sr. Dunoyer: es una REVISTA de los obstáculos que *traban* la libertad, y de los medios (instrumentos, métodos, ideas, costumbres, religiones, gobiernos, etc.) que la *favorecen*. Sin las omisiones que tiene la obra del señor Dunoyer, habria sido la filosofía mismá de la economía política.

Después de haber suscitado el problema de la libertad, la economía política nos da de ella una definición conforme en un todo con la que nos da la psicología y nos sugieren las analogías del lenguaje; y hé aquí cómo poco á poco el estudio del hombre se encuentra trasportado de la contemplacion del yo á la observacion de las cosas reales.

Ahora bien, del mismo modo que las determinaciones de la razon en el hombre han recibido el nombre de *ideas* (ideas sumarias, supuestas *á priori*, ó principios, conceptos, categorías; é ideas secundarias, ó más especialmente adquiridas y empíricas); así las determinaciones de la libertad han recibido el nombre de *voliciones*, sentimientos, hábitos, costumbres. Como luego el lenguaje, simbólico por su naturaleza, haya continuado suministrando los ele-

mentos de la primera psicología, se ha tomado la costumbre de dar á las ideas, como lugar ó capacidad en que residen, la *inteligencia*; y á las voliciones, sentimientos, etc., la *conciencia*. Todas estas abstracciones han sido largo tiempo miradas por los filósofos como cosas reales, sin que advirtiera ninguno de ellos que toda distribucion de las facultades del alma es necesariamente caprichosa, ni que es una mera ilusion su psicología.

Como quiera que sea, si concebimos ahora esos dos órdenes de determinaciones, la razon y la libertad, como reunidos y fundidos por la organizacion en una *persona viva*, racional y libre, comprendémos al punto que se han de prestar mútua ayuda y ejercer uno sobre otro recíproca influencia. Si, por error ó inadvertencia de la razon, la libertad, ciega por su naturaleza, toma falsos y funestos hábitos, no tardará la razon en resentirse del hecho: en lugar de ideas verdaderas, conformes con las relaciones naturales de las cosas, no conservará más que preocupaciones, tanto más difíciles de desarraigar luego del entendimiento, cuanto más queridas las haya hecho la edad á la conciencia. En un estado tal, la razon y la libertad están amenguadas; la primera está turbada en su desarrollo, la segunda cohibida en su vuelo, y el hombre ha errado su camino, ó, lo que es lo mismo, es á la vez desgraciado y malo.

Así, cuando á causa de una percepcion contradictoria y de una experiencia incompleta, ha declarado la razon, por boca de los economistas, que no habia regla para el valor, y la ley del comercio era la oferta y la demanda, se ha entregado la libertad á los excesos todos de la ambicion, del egoismo y del juego; el comercio no ha sido más que una continua apuesta, sujeta á ciertas reglas de policia; la miseria ha nacido de las fuentes mismas de la riqueza; el so-

cialismo, también esclavo de la rutina, no ha acertado sino á protestar contra los efectos, en vez de levantar la voz contra las causas; y la razón ha debido reconocer al fin, ante el espectáculo de tantos males, que se había desviado de su camino.

No puede el hombre alcanzar su bienestar sino en cuanto su razón y su libertad marchen de acuerdo sin detenerse jamás en su desarrollo. Ahora bien, como el progreso de la libertad, del mismo modo que el de la razón, es indefinido, y como, por otra parte, estas dos fuerzas están íntimamente ligadas y son solidarias, es preciso deducir de ahí que la libertad es tanto más perfecta cuanto más se determina conforme á las leyes de la razón, que son las de las cosas; y que si esa razón fuese infinita, infinita llegaría á ser también la libertad. En otros términos, la plenitud de la libertad está en la plenitud de la razón: *summa lex, summa libertas*.

Estos preliminares eran indispensables para apreciar bien el papel de las máquinas, y hacer resaltar el encadenamiento de las evoluciones económicas. A propósito de esto, recordaré al lector que escribo esta historia insiguiendo, no el orden de los tiempos, sino la sucesión de las ideas. Las fases ó categorías económicas, ya son contemporáneas en sus manifestaciones, ya están intervertidas; y de aquí procede la extrema dificultad que han encontrado en todas épocas los economistas para sistematizar sus ideas; de aquí el caos de sus obras, aún de las más recomendables bajo cualquiera otro punto de vista, como las de A. Smith, J. Bautista Say y Ricardo. Pero las teorías económicas tienen también su sucesión lógica y su serie en el entendimiento; y este orden es el que nos lisonjamos de haber descubierto, y hará á la vez de esta obra una filosofía y una historia.

§ II. Contradicción de las máquinas.—Origen del capital y del salario.

Por lo mismo que las máquinas disminuyen la fatiga del jornalero, abrevian y disminuyen el trabajo, que de esta suerte va siendo de cada día más ofrecido y ménos solicitado. Es verdad que poco á poco, como la baja de precios aumenta el consumo, se restablece el equilibrio y son de nuevo llamados los trabajadores; mas como, por otra parte, los adelantos industriales se suceden sin tregua, y hay constantes tendencias á sustituir el trabajo de las máquinas al del hombre, se sigue de aquí, que la hay también á suprimir una parte del servicio, y, por lo tanto, á eliminar de la producción á los obreros. Ahora bien, sucede en el orden económico lo que en el espiritual: no hay salvación fuera de la Iglesia, ni forma de vivir fuera del trabajo. La sociedad y la naturaleza, igualmente implacables, están de acuerdo para ejecutar este nuevo decreto.

«Cuando una nueva máquina, ó en general un procedimiento expeditivo cualquiera, dice J. B. Say, reemplaza un trabajo del hombre ya en marcha, queda sin él una parte de los brazos industrioses por haber sido útilmente suplido su servicio.—Desempeña, pues, una nueva máquina el trabajo de una parte de los jornaleros, pero no disminuye la cantidad de las cosas producidas, porque todo el mundo se guardaría entonces de adoptarla: no hace sino *cambiar de lugar la renta*. No obstante, los efectos ulteriores hablan todos en favor de las máquinas; porque es óbvio que si baja el valor en la venta, por la abundancia del producto y lo módico del precio útil, gozará de este beneficio el consumidor, es decir, todo el mundo.»

El optimismo de Say es una infidelidad á la lógica